

XIV

DESHIELO Y UNA AURORA BOREAL EN CEREBRÓPOLIS



SON las ocho de la mañana. Hace más de una hora que los *Delirios* han reanudado sus tareas, lo cual significa que nuestro *intervenido* habrá disfrutado de un sueño de más de siete horas.

En *Ultrafrenia* está el cielo encapotado; pasan negras nubes, que divagan por el espacio á impulso de un levante muy frío, que, al paso que muge y silba entre las mal ajustadas vidrieras de mi ex palacio, cierra á menudo una ventana, con estrépito y ruptura de alguno que otro cristal. Además, para colmo de obscuridad y frío, llovizna.

El desventurado muchacho, recién despertado

por ensueños entrevesados, siéntese presa de un humor tan melancólico como el tiempo... En tal estado de ánimo, penetran, en la entonces silenciosa estancia de la Conciencia, cinco personajes tétricos, de contornos no bien definidos, vaporosos: así como entre sombras y seres corpóreos. Vagamente, sus siluetas representan jueces toga-



dos: en lugar de birrete, llevan un capuz, que no llega á cogulla. Cada uno tiene algo como entre inquisidor y magistrado.

Subsiguen á esos extraños personajes, otros entes no menos vaporosos ni menos caricaturescos: si á algo se parecen, es á Mozos de la Escuadra, unos; otros á alguaciles de los de sombrero de teja, y otros á individuos de la *Benemérita*.

Ninguno habla; los togados se expresan con gestos simbólicos: debe ser una mímica convenida, conforme con un ritual de la orden á que seguramente pertenecen.

Alguaciles, Guardias y Mozos de la Escuadra sostiénense en vilo; van de derecha á izquierda,

de arriba abajo y de atrás adelante, como si fuesen unos fantoches colgados de alambres invisibles. En sus movimientos se observa cierto ritmo, al compás mímico de los togados.

¡Cosa rara! Cuadro tan triste de color y en que campean tantos personajes del género contristador, no apena del todo al interesado: hállese entre la pena y la hilaridad... Sin duda la cosa en sí no le gusta; pero la vaguedad de los personajes y la extraña manera de comportarse, le escarabajean en el sentido de la risa.

Se echa de ver que los *escenográficos Delirios* no deben estar muy satisfechos de su obra, pues ésta no causa la sensación que se creían con derecho á esperar de sus esfuerzos.

— ¿Qué piden de mí, señores míos?... Si son ustedes lo que aparentan, hablen claro y no me vengan con muecas que no entiendo. Enséñenme la cara, señores magistrados, y digan de qué sé me acusa. Y ustedes, miembros polimorfos de la calaña *corchetil*, prensosores eternos de acusados y condenados, den también la cara y cesen de volitar y bailotear por el espacio como imperinentes tábanos. ¿Piensan ustedes que hemos de representar *La Pata de Cabra*?

Estas razones que, si bien no se exteriorizan por el lenguaje, — pues continúa la *inhibición encefálica*, — son perfectamente sentidas por los autores de la escena frenopática, convencen á

éstos de que su obra está amenazada de un gran fracaso. No se dan, sin embargo, á partido, y repasando el *programa alucinatorio*, que tienen á mano, piensan haber dado con la solución que apetecen.

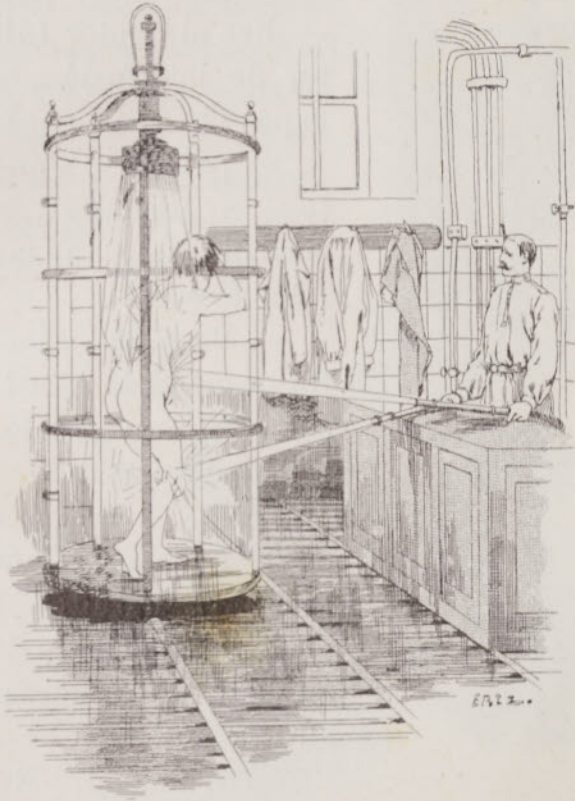
En efecto, aparecen el verdugo, con su rojo traje mefistofélico, y su dignísimo auxiliar, que lleva las cuerdas del colgamiento... Ni uno ni otro, empero, son de relieve: son pinturas sin proyección ni sombra. Esto no obstante, el espectáculo ocasiona notable emoción... Los *Delirios* creen salvada la partida, y deseosos de asegurar el éxito, insiguiendo al pie de la letra el *programa* — que consideran obra perfectísima, — hacen aparecer un cadalso provisto del *vil garrote*.

En mal hora, para sus intereses, han apelado los *Delirios* á este refuerzo alucinatorio: la representación del cadalso consiste en un telón de madapolán, pintado á la aguada, para la decoración del último acto de la tragedia *Ana Bolena*, en un teatro de aficionados... La luz, que se halla situada detrás de la transparente tela, *descubre la hilaza*, y el joven, que ya dudaba de la realidad de esos espectros, duda aun más... ¿Empieza á entender que todo son fantasmas y vapores?

.

Ahora no es chapuceo: es un chaparrón de

padre y muy señor mío el que cae sobre los cueros del interesado. Oigo los chasquidos de la ducha, que rebota en la pared, en el suelo y en la piel del individuo... ¡Qué fresquito!... Es



agua helada... ¡Arriba, arriba!... Otra te pego... Esto es caliente, muy caliente... ¡Cómo escaldada!... Esta agua hierve... ¿Frío otra vez?... ¡Calor! ¿calor otra vez? ¡Cómo quemada!... ¡Es la ducha escocesa!

Señor mío, si de ésta no te despabilas, será que te has vuelto de cal y canto.

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... Basta, basta, — dice fonéticamente el infeliz duchado.



— ¡Eulogio! ¡Eulogio!
— dice el doctor Libe, autor de la afusión. — ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?

— ¡Ah!... ¿Dónde estoy?... ¿Soñaba?... ¡Qué ensueño más pesado!... ¿Qué es esto?

— Bien, Eulogio, bien... Ha despertado usted de un ensueño muy pesado... va usted despertando... Respóngase... Pronto estará usted bueno... Ahora almorzará usted... Pepe, viste al señorito y trae el almuerzo... Almorzaremos juntos.

— Gracias... No podría... ¡Soy un muerto!

— Vamos, hijo mío, ... que vivo y muy vivo está, puesto que me oye y me ve y podría tocarme... Déme usted un abrazo... Así... Llore, llore usted sobre mi pecho.

Y el muy terco se deja abrazar; ... pero no

abraza... Si yo pudiera, á ese doctor me lo comía á besos.

.
Novedades, grandes novedades políticas deben haber por *Cerebrópolis*. Voy á ver lo que ocurre, después del suceso de la ducha, que habrá caído como una de tantas entre los revoltosos de *Ultrafrenia*... Paréceme que mi negocio se va encaminando... ¡Ahora sí que creo que no tardaré en ser llamado al poder!



LOS DELIRIOS EN DERROTA.

LA ÚLTIMA TRINCHERA



ALUCINACIONES, *Delirios, Impulsos y Ves-*
sanias, toda la población *ultrafre-*
nense, alarmada á más no poder,
 hállase aglomerada en el pala-
 cio que ya vuelve á parecerme
 mío. El atrio, el vestíbulo,
 el salón del trono, todo está invadido. No
 se oye ni una voz;... es un barullo inex-
 tricable. No se percibe ni un ruido, ni un
 sonido, sino un rumor *poli-acústico*: de
 revoltina. Abundan los cuchicheos;... signo in-
 falible de murmuraciones ó conspiración. Hay
 empujones, empellones, rodillazos y hasta pun-
 tapiés, en perfecta reciprocidad de *toma y daca*,
 entre los conglomerados.

Al fin se hace un silencio relativo, en medio del cual Psicocálida, rabiosa y fuera de quicio, grita:

— ¡Esto es el fin del Mundo!

Voces. — ¡Callen! ¡Callen! ¡Atención!

— Ya lo decía yo, — prosigue Psicocálida, — en viniendo el deshielo, adiós mi dinero;... adiós libertad, adiós locura... Eso tiene el haber hecho caso de debilidades... ¿qué digo debilidades?... de impotencias... Eso tienen las contemplaciones antipatrióticas;... antipatrióticas, sí, antipatrióticas:... lo he dicho, y oféndase quien quiera... ¿No se trataba de poner en práctica una *gran locura*? ¿No era este el caso de un ensayo en toda regla de la libertad cerebropolitana, en todas sus actividades y en todas las esferas de la población *ultrafrenense*?... Pues haberse dirigido á quien estas cosas puede y quiere hacerlas bien. Pensóse en espantar á la *Conciencia* por medio de un gran terror, y de buenas á primeras, sin discusión ni deliberación, me decretan el estado *frenopléxico*... Ahora se empiezan á tocar los resultados de este mal paso. El encéfalo comienza á deshelarse; vendrán calores; ya se va disipando la obscuridad, protectora de débiles y de cobardes; ha comenzado el horizonte á enrojecerse por una aurora boreal;... brillará el sol de la *Razón*... A ver, ¿qué harán las místicas y los místicos, las téri-

cas y los téticos y los cobardes de ambos sexos en este orden de cosas?... Ya se ve:... rendirse á discreción. Serán avasallados sin resistencia; cantarán palinodias y el tirano volverá á enseñorearse de *Cerebrópolis*... ¡Ciudadanos y ciudadanas! aun es tiempo: levántese el estado de *estupor*, — pues también se levantaría por sí mismo, — y decretése la libertad más amplia... Para sí y para la patria, quien más pueda que más haga.

La arenga de Psicocálida ha causado efectos encontrados: mientras unos aplauden con frenesí, otros silban y gritan:

— ¡Fuera! ¡Fuera la sin vergüenza!

Entre el barullo y algarazara, adelántase una dama de alto coturno... Es graciosa, guapita y tiene cara de pesetas. Viste traje de cazadora; sombrero con plumas negras, á la amazona; dos pajecitos sostienen la cola de su negro vestido



de terciopelo. Ante su majestuosa presencia, ábrense filas en la muchedumbre y la señora avanza y sube hasta la cúspide del tálamo óptico: el *cuerpo geniculado interno*. Tráenle un sillón, que majestuosamente ocupa. A su lado se halla Psicofrígida, acompañada de su prima hermana Angustias; aquélla, aun cuando mucho más animada que en escenas anteriores, donde hemos tenido el honor de conocerla, pálida aún y con voz de convaleciente, dice:

— Visto el giro que han tomado las cosas públicas y atendiendo á que el programa alucinatorio no ha dado todos los resultados que se esperaban, declaro levantado el estado excepcional en *Cerebrópolis*.

Voces. — ¡Viva doña Psicofrígida! ¡Viva la Junta Revolucionaria!

Psicofrígida. — Aun no he terminado... Oíd. Desde este instante, abduco mi representación y mando en esta nobilísima señora, en quien reconoceréis á la *Poderosa Princesa de Altas Cumbres, Marquesa de Campo-Erguido, Condesa de Puño-en-ristre y Baronesa del Doblón de Oro...* Oíd ahora sus palabras.

Princesa. — Cábeme la satisfacción de presentarme otra vez, por más que lo acabe de hacer esta valetudinaria. Cuanto de mí se ha dicho, es poco, poquísimo, teniendo en cuenta lo mucho que soy... Soy, ante todo, una *locura*; mas no

de pacotilla, de esas que se mueven sin eje ni rodaje: soy *Locura razonadora*. Vivo bien con la *Razón humana*: nos prestamos mutuamente servicios de sentimientos, instintos y talentos; convivimos en envidiable armonía. Ella no se mete en mis negocios, ni yo en los suyos. Sabe ella respetar todo cuanto concierne á mis ideas y sentimientos; en cambio, á mí me importa un comino de todo cuanto á dichas mis ideas y sentimientos no sea pertinente... Han dicho de mí que soy una *Monomanía* y otros una *Locura parcial*. Paso por lo segundo; porque, si donde hay *Locura* ha de haber al mismo tiempo *Razón*, es claro que ni *Razón* ni *Locura* podrían ser generales. Lo que no admito es lo de *Monomanía*: están de tal modo enlazadas las cosas de la mente, que no es posible que una idea se mantenga aislada de otras; cada idea tiene su séquito y sus enlaces colaterales, así como sus sentimientos y voliciones correlativas. Una idea sola sería como una vibración en el espacio que no causase otras vibraciones, ni en el éter ni en los cuerpos ponderables; sería un ente de razón; no una realidad, pues el movimiento no se pierde en la Naturaleza... El *Delirio parcial*, ó *Monodelirio*, materia intelectual, ó tema, de la *Locura parcial*, se distingue del *Polidelirio*, tema complejo de la *Polimania*, ó simplemente *Manía*, en que, así como esto retumba por todos los

ámbitos del entendimiento y de los afectos, aquél circunscribe su influencia en el sentido de determinadas corrientes preestablecidas y como quien dice canalizadas á beneficio del hábito. Por esto las obras más, las de la mal llamada *Monomanía*, se fundan en un *sistema*, el cual se va estableciendo poco á poco... Esto es cabalmente lo que me propongo hacer en el presente caso: *sistematizar el delirio*... Si tal consigo — y lo alcanzaré con tiempo y esmero, entrando en pactos con la *Razón* y la *Conciencia*, mayormente si me prestan su valioso concurso las *Alucinaciones*, y en especial las acústicas, — os prometo locura perpetua, locura para toda la vida y aun con reliquias para la Historia... Hay, empero, un punto socio-lógico que importa dilucidar. Hasta aquí, por obra de la Revolución, sólo se ha pensado en el triunfo de la Democracia cerebropolitana; se ha creído que la obra magna de la libertad



y de la igualdad consistía en rebajar á los grandes hasta ponerles al nivel de los pequeños: á los ricos al nivel de los pobres... Yo pregunto: ¿no sería mucho mejor — y la cosa es factible, dados los poderosos medios de que dispongo, — no sería mejor desistir del *rebajamiento* de los *altos* y pensar tan sólo en el *levantamiento* de los *bajos*? ¿Ganan mucho los pobres en que no haya ricos?... Esos deseos del empobrecimiento ajeno, no se originan de sentimientos hidalgos, sino de pasiones aviesas: envidia y celos. En vez de abolir los nobles y ricos, ¿no sería más plausible la abolición de los pobres y plebeyos, pasando, por arte mágica, que yo conozco, á ser ricos y aristócratas todos los ciudadanos?... De que tenga yo poder para llevar á cabo esta verdadera revolución y transformación social, no cabe dudar. Me abona, en primer lugar, la elevación de mi alcurnia... *Altas Cumbres* es un país que confronta con los cuernos de la Luna. Los picos del Himalaya y el Chimborazo gimen avergonzados de su exigua estatura, al pie de los montes donde se levantan los palacios de mi Principado... ¡Valor!... Lo que me sobra es valor. El generador de la sangre que corre por mis arterias, fué el mismísimo don Pelayo. Su firmeza y tiesura resaltan de este hecho, que es histórico: batiéndose mi ilustre ascendiente con un moro gigantesco, éste, va-

liéndose de una estratagema de cobardes,— la zancadilla,— consiguió derribarle en el campo... púsole un pie en el vientre, diciendo: «¡ríndete, cristiano, ríndete!...» El ilustre varón *yacente*,



como aun no se había inventado la sublime palabra de Cambronne, respondió: «¡Ca! ¡ca! yo no me rindo nunca; siempre estoy firme y tieso...»
 ¿Fué ó no bien empleado el blasón de *Campo-Erguido*?... ¡Fuerza! Mi bisabuelo, vencedor en cien combates, á pie y á caballo, en cubierto y en campo abierto, no usó jamás otras armas que las que recibió de la naturaleza: llamáronle el campeón de *Puño-en-ristre*... ¡Dinero! Mi

madre era, y yo soy, por legítima herencia, la *Baronesa del Doblón*; porque no hubo servicio, por pequeño que fuese, que pagase con menos de un doblón de á cuatro... Excuso decir si era amada mi ilustre mamá... Conque, pues, es evidente que debo inspirar confianza. Déjenme hacer: cesarán la miseria y el barullo que esto

origina en *Ultrafrènia*;... lo aseguro... Y pues pronto han de venir la *Razón* y la *Conciencia*, estipularé buenos tratados de comercio, y, en paz octaviana, disfrutaremos todos de una locura espléndida, de una *locura razonadora*.

Emoción general; mucho frotarse las manos de gusto, muchas caras de pascua... Aprobación unánime.

— ¿Alguien tiene algo que observar?

— Yo, — dice Semifusa.

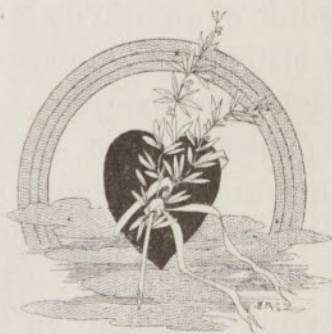
— Diga.

— Se ha pedido el auxilio de las *Alucinaciones* para el nuevo sistema de gobierno, — que aceptaría gustosa y al cual estaremos todas dispuestas á prestar nuestro apoyo, — pero, ¿no sería más correcto que antes de llegar á este extremo y mientras se hacen los consabidos pactos, fuese terminado nuestro programa? Faltan tres números;... pido que se pongan en escena durante el sueño, ya que ahora no hay que fiar de la vigilia. Si con esto no salimos adelante, declararemos frustrado el programa nuestro, y entraremos por las vías de la *Locura razonadora*.

— Aun cuando tengo poca confianza en lo que se acaba de proponer, no veo inconveniente en que se acceda á lo solicitado por las *Alucinaciones*... Sólo una condición: que se aproveche el

sueño de esta noche... *¿Némine discrepante?*...
Pues convenido.

.
Ahora *Yo* voy á hablar un poco de mí, pues
tengo el buche lleno de esperanzas, que deseo
trasladar al *epéndima*.



XVI

YA ESCAMPA



QUE mi pleito marcha por buen camino, es indudable: efectúase rápidamente el deshielo en *Cerebrópolis*; las Vesantias ven perdido su pleito; las Alucinaciones piensan dar el último asalto; pero habrán de valerse de las tinieblas de la noche, porque el sujeto, que ya está avisado y empieza á despabilarse, ha comenzado á burlarse de los fantoches, y, despierto, no se dejará pillar. La Princesa de Altas Cumbres pretende entrar en pactos conmigo, para hacer un *modus vivendi*, *frenopático-razonador*; cosa que

aun me parece menos factible que una *Monarquía republicana* ó una *República monárquica*.

Conocedor de los propósitos *ultrafrenenses*, no me han de coger en el garlito. Juego á cartas vistas, y no me dejo sorprender por halagos ni promesas... Aquello de *trato de la nación más favorecida*, es recurso muy gastado y hasta cursi.

Por otra parte, el doctor va haciendo prodigios con su saber: las medicinas, los baños y sobre todo la ducha escocesa, han conseguido deshelar la palabra y abrir el tragadero alimenticio. El interesado, debidamente impresionado y conmovido, ha llorado con lágrimas: el llanto es el grito del alma afligida; las lágrimas son bálsamo para las penas.

Los consejos del doctor Libe, sencillos y al alcance de la receptividad de ese cerebro trasnuchado, insinúan consuelos anodinos... Lo dicho: tengo mucha confianza en la ciencia del doctor Libe. Seguro que á él deberé mi restauración en mi reino... De seguir así las cosas, en el instante menos pensado me vuelvo otra vez por el acueducto y me vuelvo á instalar en mi palacio... Esperemos y confiemos.

Oigo pasos:... será que vuelve el camarero, el buen Pepe.

— Señorito, le traigo la comida... Está usted mucho mejor... Va usted á comer con gusto... Esto le conviene para quitarle la debilidad.

— Gracias: no puedo comer... Quisiera ver al doctor Libe... Yo no puedo comer, si no lo manda el doctor.

— Aquí estoy, Eulogio, aquí estoy.

— ¡Ah, doctor, qué bueno es usted!... ¿No es verdad que me protege y me defenderá de mis enemigos?

— Hijo mío: yo soy, además de un buen amigo de usted, el médico que le cura de una enfermedad muy penosa... Porque, la verdad es que usted está enfermo... Es decir,... ahora ya está mejor,... pero ha estado usted malito.

— Sí; una gran debilidad... ¿No es verdad que he tenido una gran debilidad?

— Debilidad, sí,... debilidad y algo más... Oiga usted bien: así como, cuando está malo el vientre, hacemos malas digestiones y cuando está enfermo el pecho nos sofocamos y tosemos; cuando está enferma la cabeza... á veces por un susto, un gran temor,... ¿sabe usted?... nuestros pensamientos no marchan por buen camino. Se oyen sonidos, ruidos y voces que no existen; se ven objetos y personas extrañas: fantasmas terroríficos que engendran ideas falsas y extravían nuestros juicios... Quiero decir que, en casos tales, padecemos una enfermedad mental, un trastorno del juicio. Entonces ni sentimos correctamente, ni pensamos de manera normal. En esto consiste la locura..., y la locura no es

más que un ensueño duradero, que subsiste en estado de vigilia.

— ¿Usted cree que estoy loco?

— No digo que ahora mismo, en este preciso instante, esté usted loco; pero es indudable que ha sido locura la enfermedad que le ha afligido y de la que se halla ya casi curado.

— ¡Dios mío, Dios mío!... ¡locura... locura!... ¡qué cosa más horrible!

— ¿Y qué?... La locura es una enfermedad como cualquier otra, curable como cualquier

otra, si, como en usted se ha hecho, se emplean á tiempo los poderosos remedios que tiene la Medicina mental. Hay además la seguridad de llegar pronto á buen término, desde el instante que el que padece de locura llega á adquirir el conocimiento de su propia enfermedad. Por fortuna, usted se halla ya en este caso; por lo cual puedo anunciarle que ha entrado en convale-

cencia... ¿Comprende usted, Eulogio, que ha padecido un gran trastorno mental?

— Ya no podría dudarlo, desde el punto en que usted me lo asegura.

— Hace usted bien; no lo dude... Al contra-



rio, afírmese en esta creencia. Así se dará usted cuenta y razón de las visiones que tanto le han afligido en esos días... No han sido más que visiones, alucinaciones, irregularidades de la mente enferma. Así cobrará usted vigor para luchar con ventaja contra cualquier otra sensación ó idea de ese mismo género que aun podrían asaltarle. Además, de esta manera, dirigiendo su atención á otras cosas, renacerán en usted afectos que, según parece, se hallan apagados ó dormidos... Eulogio, ... ¿no se acuerda usted de...?

— ¡Mi padre!... Mi buen padre... ¡ya no existe mi buen padre! Le he visto en el ataúd... ¡Esto es horrible!... ¡Mi padre me ha maldecido desde la tumba!

— No, Eulogio, no. Su señor padre goza de cabal salud y espera la noticia de su completo restablecimiento, para estrecharle en sus brazos. ¿Lo ve usted? Estas tristes ideas son aún reminiscencias del delirio.

— ¿Vive mi padre?... ¿Podré abrazarle?... ¿Me perdonará?... ¡Padre mío! ¡Cuánto le amo!... Y mi madre y mis pobrecitas tías, ¿qué dirán de mí?

— No se preocupe usted de esto, Eulogio. La familia de usted tiene mi promesa de su curación, y sólo aguarda el momento de tener la satisfacción de verle restituído á su seno;

momento dichoso que, si usted me auxilia con su buena voluntad, no se hará esperar... Pero, vamos... ¿por qué no me pregunta usted por otra persona?

—Porque... porque no me atrevo... porque me doy vergüenza... Porque Rosita me aborrece... Doctor, soy un miserable; un hom-



bre sin honor; un mal caballero, y además... además, un loco... ¿Quién puede amar á un loco?

—¡Cuánto se equivoca usted, amigo mío! Rosita, la linda Rosita, que ha llegado muy mala del sentimiento de la desgracia de usted, no le ha olvidado... Es también de los que confían y esperan en mis palabras.

—¡Oh! si Rosita me perdona,... si Rosita me amase... ¿Qué debería yo hacer por Rosita?

—En primer lugar, seguir amándola... Después, las cosas marcharán por su curso natural... Pero no hagamos más comentarios... Ya está usted tranquilo y comerá con apetito... Piense que en breve va á recibir visitas muy gratas y sepa usted, además, que va á conocer á una persona á quien principalmente deberá su curación: un joven profesor que tiene tanto saber como nobleza de sentimientos.

—Doctor, yo no tengo voluntad;... soy un alma desquiciada, á quien usted vuelve á la vida. Usted no me desampare y disponga de mí... Ahora mismo no tengo apetito; pero comeré todo lo que usted me mande.

.

Lector: aquí, en rigor de verdad, concluyen las MEMORIAS DE ULTRAFRENIA... Mi presencia se hace ya indispensable en *Cerebrópolis*... El imperio de la Razón se restituye.

Adiós tienda, adiós pluma, adiós tintero de Sæmmering, adiós *epéndima* y adiós ventrículo cerebeloso... Corro al acueducto sylviano, me zampo en el ventrículo medio y de ahí, por la puerta de Monró, me meto en el tálamo óptico, es decir, en mi augusto palacio.

Desde allí terminaré esta reseña, acabando

de atar algunos cabos, que restan bastante sueltos. Estaré en mis dominios, y tú, lector, podrás ver mis letras, de tanato férrico, sobre tejido de blanca celulosa que elabora la industria *papirácea*.



XVII

LA ÚLTIMA ESCARAMUZA. — HIPNOTISMO Y SUGESTIÓN



SEGÚN era de temer, esta noche las *Alucinaciones* han llevado á cabo sus propósitos, determinando uno de los ensueños más afflictivos. Por supuesto que no han salido con la suya, pues, desde el momento en que lo que ha ocurrido no me merece más consideración que la de un ensueño, es evidente que no han conseguido estampar en mi cerebro impresiones con carácter de realidad, según es de rigor para que de ellas resulte locura.

Puedo, afortunadamente, dar cuenta del ensueño que ha recorrido mi fantasía como lo

hiciera cualquier persona con la mente sana y reposada, refiriéndose á ensueños suyos;... hasta puedo echarlo, y lo echo, á broma.

Era un día de la canícula. El sol en el cenit; temperatura de alto horno; los campos en rastrojo; por todos lados no más que rastrojos. A lo lejos, somníferos cantos de los trilladores en las eras; de cerca, monótono y general chirrido de cigarras... Rosita y yo habíamos salido de la alquería, después de desayunarnos con una rebanada de pan y una sardina salada, pasada por ascuas. Nos abrasaba la sed... una sed tropical... Rosita pedía agua fresca... Estábamos rendidos de fatiga;... la niña no podía dar ni un paso más. Ella, sedienta, no cesaba de pedirme agua... No se veía, en todo el dilatado horizonte, una fuente, ni tan siquiera un charco... A cosa de un kilómetro se oía el murmurar de un río... Arrastrándonos, llegamos, con mucha pena, á la orilla... La vista del agua retozando entre piedras y guijarros, acrecentaba el tormento de la sed... Rosita no podía despegar la lengua;... sus labios, ardorosos, no cesaban de pedir agua.

En vano buscaba yo un vaso, un cántaro, una piedra hueca, un recipiente cualquiera para ir al río... En la margen opuesta divisé una higuera... Pensé que, con una de sus hojas, arrollándola á modo de cucurucho, podría habi-

litar un vaso... El río no tenía vado... Encamí-
néme á un puente de madera que se veía mucho
más arriba. Jadeante y muerto de calor y can-
sancio, llegué á la higuera;... cogí una hoja,
arrolléla del modo dicho y comencé á bajar al
río... Por aquel lado la orilla era abrupta y
además formada de tierra arenosa de tan poca
consistencia, que al sentar en ella el pie, se
desmoronaba y se iba al río... Tendíme en el
suelo; con una mano me así á una mata, y
estirando cuanto me fué posible el otro brazo,
llegué, con el improvisado vaso de hoja de hi-
guera, á la corriente... No pude conservar ni
una sola gota de agua: la hoja estaba aguje-
reada en el punto correspondiente al fondo del
cono. En mi fatiga y desespero, determiné vol-
ver á la higuera para proveerme de más hojas.

Al subir la cuesta, salióme al paso Rosita...
Me ofreció una flor: era una amapola pálida;
un capullo tierno precozmente abierto por viola-
ción del cáliz... Entendí la alegoría, el signi-
ficado simbólico de aquella flor... Quise respon-
der simbólicamente á la alusión: acerqué á mis
labios la pálida corola... Punzantes espinas me
hirieron hasta hacer brotar sangre... Quise oler
la amapola... Un olor penetrante de ruda mez-
clado con hedor de gangrena, hízome perder el
sentido... Repuesto de la horrible impresión,
miré en derredor, buscando á Rosita... ¡Quería

decirla que me perdonase y me amase!... La niña había desaparecido.

Halléme solo en medio de un bosque muerto: robles, encinas y pinos deshojados; nada más



que troncos secos y descortezados; en el suelo, sólo hojarasca, que crujía, plañidera, bajo mis pisadas. De las ramas pendían gruesas cuerdas de cáñamo, con nudo corredizo... De muchas de

ellas colgaban cuerpos humanos, revestidos con la hopa de los ajusticiados, exánimes unos, agonizantes otros. Todos fijaban en mí sus ojos, grandemente abiertos, como abierta tenían también la boca y saliente la lengua.

.

En tal estado, ha entrado el doctor Libe, y me ha hecho el inmenso favor de despertarme. Me ha encontrado azorado. Creo que habré dicho algunos disparates... Pepe, el camarero, me ha vestido y me ha conducido al lavatorio, en donde, después de unas abluciones de agua fría aromatizada, me he sentido totalmente despierto, cayendo entonces en la cuenta de que, cuanto por mí había pasado, no había sido más que un ensueño;... quizás una reminiscencia de mi locura.

El doctor me ha hecho sentar en un sillón, frente á la ventana, sentándose á su vez él en una silla, frente á mí.

— Eulogio, — me ha dicho, — ya está usted despierto y comprende que un ensueño pesado ha sido causa de las molestias que ha sentido esta noche. No es esto nuevo, sino más bien la regla al despedirse la locura. De manera que, lejos de entristecerse por este accidente, debe confortarse en la seguridad de su curación... No obstante, como conviene acabar cuanto antes con

estos últimos vestigios de su enfermedad mental, voy á echar mano de un remedio nuevo, ó poco usado hasta ahora, sumamente sencillo y por otra parte exento de peligros, y que, en el caso en que usted se halla, es de éxito seguro... Eulogio, voy á hipnotizarle... ¿Sabe usted qué es el *hipnotismo*?

— ¿No será eso que hacen las sonámbulas?

— No, hijo mío, no; eso es una camama, una patraña, un tejido de embustes y supercherías para embaucar á los tontos. El *hipnotismo* es un estado especial en que caen la mente y el sistema nervioso de un sujeto, al influjo de la mirada de otra persona, ó simplemente de resultas de la fatiga de los ojos por mirar fijamente á un objeto brillante ó luminoso, en cuyo estado, la persona hipnotizada recibe en su mente las impresiones y manera de ser que le ordena el hipnotizador... La primera condición para ser hipnotizado, á lo menos por la primera vez, es la aquiescencia del sujeto. Esa voluntad, ese deseo, deriva siempre de la confianza que inspiran el saber y la honradez del hipnotizador... Eulogio, ¿confía usted en mí? ¿quiere que le hipnotice?

— Don Salvador, es usted mi *salvador* y confío en usted por completo. Cuando guste puede hipnotizarme.

— Pues, á la obra... Míreme usted fijo;... á

las niñas de mis ojos;... no aparte usted su mirada de la mía. No piense usted en si duerme ó no duerme... No piense sino que se va durmiendo... Le parecerá á usted que no duerme, porque yo hablaré siempre y usted no cesará de oirme... Así; así... Los ojos pesan... pesan... Los párpados se cansan... se cansan;... tiemblan;... vacilan... vacilan;... se van á cerrar... se cierran;... ya están cerrados... No puede usted abrir los ojos;... pruébelo; no, no los podrá abrir... Imposible... está usted dormido... No tiene voluntad propia;... no puede usted querer sino lo que yo quiera... Me oye bien... Duerme la cabeza;... ahora duerme el pecho... Duerme el vientre... Duermen las piernas y pies;... duermen los brazos y las manos... Duerme usted del todo...

.
No recuerdo más... Sentí un soplo en el rostro; desperté bruscamente y, ¡cosa más rara! me sentí nuevo; es decir, alegre, expansivo, gozoso, afectuoso, comunicativo, ganoso de andar y de



comer, y sobre todo, afanoso de abrazar al doctor, á quien dije:

—Don Salvador, si hay en la tierra un hombre verdaderamente contento, ese soy yo; y si hay quien á usted le quiera y le admire, nadie le admira y quiere tanto como yo... Esos brazos, si usted lo permite.

—Con mucho gusto, chiquillo; con muchísimo gusto...

Me ha parecido que una lágrima de satisfacción asomaba en los ojos del doctor.

—Vamos, Eulogio,—me ha dicho,—reponerse un poco, que ahora mismo va á recibir visitas. Alíñese usted la cabeza; Pepe, ayuda á vestirse al señorito. Póngase el traje de gala, que la cosa vale la pena. Yo estoy de vuelta entre diez minutos.

Salió el camarero en pos del doctor y yo quedéme solo. Entonces empecé á discurrir, obedeciendo á la natural tendencia de mi espíritu.

—Por más que él sostenga lo contrario—pensaba,—yo creo que en la personalidad del doctor Libe hay algo superior y esencialmente atractivo que no se encuentra en los demás hombres. Desde que me ha hipnotizado, dejándome, por operación tan sencilla, libre de las preocupaciones, escrúpulos y melancolía que devoraban mi espíritu, siéntome tan afectuosamente vinculado al buen doctor, que no ceso de apetecer

su amable compañía. Ahora mismo voy á ver satisfecho uno de mis deseos más ardientes: abrazar á mi amado padre y á mi adorada Rosita;... se empaña, empero, la idea de tanta dicha con el temor de que tendré que privarme de la protectora compañía del doctor Libe... ¿Consentirá el respetable Director del Manicomio en que, con motivo de afianzar mi curación mediante algunos días de convalecencia, permanezca en el asilo disfrutando de las comodidades de la casa, aspirando el embalsamado ambiente de sus jardines y huertas y recreando la vista en los bellísimos horizontes que aquí se descubren? ¿Pensará mi padre, si solicito prolongar unos días más mi ausencia del seno de la familia, que aun es tibio el afecto que les profeso á él, á mi madre y á mis tías? ¿Creerá Rosita que anhelo poco por su amor y compañía sustrayéndome voluntariamente por unos días más á sus cariños y cuidados?

La verdad es que ahora, que me siento en la plenitud de mi sér moral, conservando, como conservo, el recuerdo de los horribles sufrimientos de mi locura, de nada recelo tanto como de una recaída... El doctor Libe, dice que esto es un signo infalible de sólida curación;... pero, si me separasen de él, ¿quién podría sacarme de los abismos del delirio en que tanto he padecido, si por desgracia reincidiese en mis alucinaciones?

Pesa además sobre mí un compromiso moral, diría casi un empeño de alta humanidad... ¿Para qué habré escrito mis MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, sino para que por ellas venga el mundo en conocimiento de los que se reputan *misterios* de la locura, disipando errores seculares que infestan la opinión pública? ¿Hay conceptos más equivocados que los que generalmente se profesan, así respecto de la esencia y manera de manifestarse los trastornos de la



mente, como de los medios que deben emplearse para aminorar los males que tan tremenda desdicha ocasiona al individuo y á la sociedad?

Hasta el presente no podría dar cuenta sino de impresiones que me son personalísimas: brotes de una fantasía acalorada por la enfermedad y de una razón sojuzgada por los delirios...

¿Es esto cuanto puede y debe saberse de la locura? Mi enfermedad me ha proporcionado la noción interna del estado frenopático: he podido escribir de la locura como le sería permitido á un ex-loco que conservase

fielmente los recuerdos de sus propios delirios y alucinaciones. El desdoblamiento que se efectuó en mi personalidad, pasando el *Yo* sano al ventrículo cerebeloso, para contemplar desde aquí las torturas y rigores á que se hallaba sometido el *Yo* enfermo, el *pseudo Yo*, por obra de las vesanias, me ha permitido intimar conocimiento con las entidades constitutivas del complejo de la locura; mas, hasta el presente carezco de lo que podría llamarse conocimiento experimental ú *organoléptico* de la enfermedad mental. A ésta la conozco en esencia, mas no de presencia.

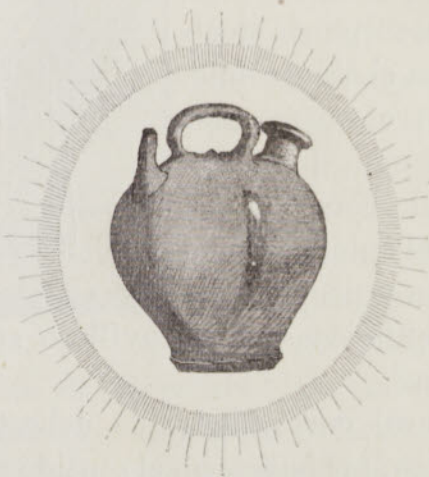
Acabo de recibir los beneficios del Manicomio; pero tampoco puedo decir que conozca el Manicomio. Hállome en el mismo caso que aquel que, habiendo recibido el beneficio del sueño con el opio, desconoce el origen y propiedades físicas y químicas del maravilloso zumo de la adormidera.

Mi natural curiosidad, que debe tener ribetes filosóficos, me impele en el sentido de ampliar mis conocimientos en materias *ultrafrénicas*, y



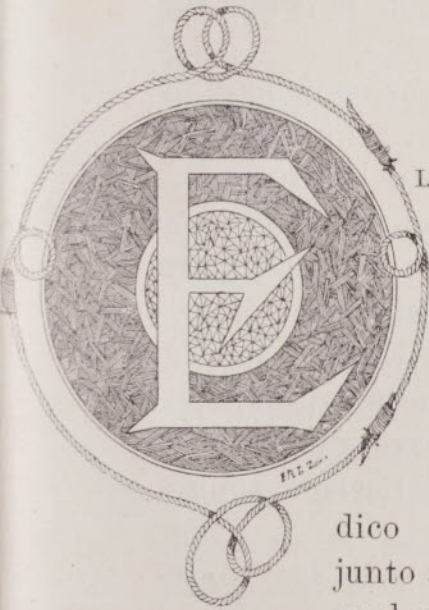
como el lugar y la ocasión me brindan—pues me hallo en el gran teatro de la sin-razón,— he de empeñarme con mis deudos y con el doctor Libe para que me otorguen unos días más de Manicomio.

Á propósito:... ahora conozco que mi vocación era para médico... Hubiéranlo oportunamente conocido mis parientes, y no hubiera habido alquería, ni viña, ni amores, ni cementerio, ni locura... ¡Cuántas desdichas nos habríamos ahorrado!... En cambio, no hubiera yo amado á Rosita, ni admiraría, como admiro y estimo, al doctor Libe... ¡Justa compensación! ¡Sublime ley de los contrastes! La vida nace del seno de la muerte; el placer brota de las heces del dolor.



XVIII

ATAR CABOS



.....
L doctor don Salvador Libe, momentos antes de llevarme á su despacho, donde me aguardaban las visitas que me había anunciado, púsome, en breves palabras, al tanto de lo siguiente:

De resultas de aquel fatídico accidente funerario, ocurrido junto á las tapias del cementerio, del cual nació y quedó instantáneamente formada mi singular locura, le sobrevino á la pobre Rosita un profundo trastorno del sistema nervioso, consistente en convulsiones histéricas muy repetidas y neuralgias intercostales y cra-

neales que la atormentaban sin cesar; además perdió el color y la alegría;... ¡se quedó *clorótica!* Gracias á la prudente y sabia intervención del joven médico don Agapito Zuriago, el mal no hizo progresos. Así como tuvo acierto para conocer en mí el estupor, aconsejando que me trajeran al Manicomio, no lo tuvo menor para diagnosticar en la sensible niña el *morbus virginum pallidum*.



Las buenas confianzas de mi curación, reforzadas por las palabras del director del Manicomio el mismo día que me ingresaron, fueron para Rosita remedio moral de primera fuerza. El *hierro soluble*, asociado á los amargos, consiguió en breves días reconstituir la trastornada sangre de la niña.

Mi excelente padre, previendo las consecuencias que podría tener el que llamaríamos *hecho de autos*, y pensando que un primer amor bruscamente cohibido era ocasionado á una repercusión peligrosa para una mente averiada cual lo estaba la mía, había tomado consejo de

don Agapito y del doctor Libe. Ambos opinaron que, efectivamente, en el Registro civil y en la Vicaría hallarían plausible solución la obra de la naturaleza y los escrúpulos de la moral... Rosita, de suyo lista, y además educada en su infancia en un colegio de la capital, — por habérselo así casi preceptuado mi padre al suyo, — con un poco de pulimento que la vida de la ciudad no tardaría en proporcionarla, no haría mal papel en el seno de una familia, que, aun cuando acomodada ó más bien rica, no conoció jamás el lujo ni el orgullo. Tratado el asunto con el colono, — hombre sencillo, pero no un palurdo del campo, sino antes bien leído é instruído para su condición, — fué convenida la boda á dos meses vista; esto es, para el día 25 del próximo Diciembre, día de Navidad, reservándose una sola condición por ambas partes: la de que el enlace había de ser del gusto de los contrayentes. — ¡Cómo no, por mi parte!

Don Agapito se había despedido de don Antonio y de don Vicente, sus veteranos colegas en el partido; pues, habiendo ganado una cátedra de patología médica en empeñadas oposiciones, iba á trasladar su domicilio á la capital. Uno y otro *pulsa-radios* mostráronse muy contentos del triunfo del joven Zuriago, ... y aun más viéndole enemigo en huída: *Zuriago* que ya no les alcanzaría... De

buena gana le ofrecieran el consabido puente de plata.



Porque, eso sí, según don Antonio, si mi enfermedad no llegó á ser una apoplejía consumada, fué congestión cerebral de todas las campanillas. Aquí la *fuerza medicatriz*³⁸ hizo portentos de sabiduría, manifestando su gran previsión al inspirarme horror á los alimentos — *sitofobia*. — Esta dieta, que me impuso el mismo instinto curativo, — siguen hablando el pensamiento y el criterio de don Antonio, — fué el medio dé que se valió mi próspera naturaleza para disipar la con-

gestión del cerebro; de otra manera, lá apoplejía era segura, inevitable y mortal sin remisión.

Don Vicente abundaba en estos mismos conceptos, y además se lamentaba de que, habiéndose podido efectuar mi curación sin tocarme de la alquería, se hubiesen impuesto á la familia tantos gastos y tantos disgustos... Yo me curaba, á pesar de haberme llevado al Manicomio.



Quienes hallaban menos misteriosa mi curación eran mis tías: considerábanla resultado lógico, inevitable, de un devoto *octavario* que habían dedicado á la Virgen de los *Desperfectos*, reforzado con un *septenario* á la de los Dolores y un solemne *novenario*, con sermón y gozos, á las benditas almas del purgatorio.

Cuanto á mi madre, que había sufrido varias crisis, dolorosas unas y convulsivas otras, de resultas de la pena que la dió mi locura, habiendo sido visitada por don Agapito, mejoraba visiblemente, fuese por obra de las buenas noticias que de mi estado se le daban, fuese por las altas dosis de bromuro, que le recetaba el joven profesor.

A Pedro, el colono, tocóle no escasa ración de sinsabores: Rosita enferma, al parecer, de bastante gravedad; de Ángela, la mayor, desde la noche en que cometió la gran trastada en el cementerio, pasáronse tres días sin tener noticias suyas. Fueron inútiles cuantas pesquisas se hicieron para averiguar su paradero... Vino á poner término á la natural zozobra de su padre, una carta del Reverendo y ya anciano Hormiga, cura-párroco de P. de A., anunciando que, por



su mediación, la chica había entrado, en clase de novicia, en el Convento de *Madres Inocentes*, de la villa de L..., pues había hallado en ella tan perfecta vocación para el claustro y tanto celo religioso, que el buen sacerdote no había encontrado manera de hacerla variar de propósito.

No se opuso el padre á esta determinación de la joven: comprendió que el arrepentimiento guiaba sus pasos, y esto lo halló bueno. Cuando al buen Pedro le fué pedida por su tocayo, mi padre, dueño de la alquería, la mano de Rosita, pensó y dijo para su capote:



«La casa queda sin mujeres;... Pedro, debes renunciar á la viudez». Y al formar candidatura para segundas nupcias, puso en primer lugar de terna á la Antonia, muchacha de

veinticinco primaveras, colorada, fresca y carnosa, que hacía diez años desempeñaba servicio doméstico en la alquería.

.....
El gabinete de consultas del doctor Libe, que

es una estancia bastante espaciosa, elegantemente decorada y bien provista de libros é instrumentos quirúrgicos y de diagnóstico clínico, está orientada al Mediodía. Sus aberturas dan al parterre adjunto al edificio... Desde su despacho, el Director ve á sus enfermos paseando por los jardines; departe con ellos como buen amigo, dejando aquí y en todas las partes del establecimiento sentir el influjo de su autoridad, tan respetada como querida.

En el cuarto del Director estaban las mismas personas que me habían traído al Manicomio: mi padre, don Agapito y Rosita y además Pedro, el colono. Rosita no era ya la campesina de la alquería: era una señorita, que vestía con tanto gusto como sencillez. Aun cuando la sonrisa adornaba, como de costumbre, sus preciosos labios, denotaba su semblante las huellas del sufrimiento.

Describir la escena de recepción es imposible. Palabras, las hubo apenas; abrazos, besos y lágrimas, lágrimas de gozo y ternura. Lloraron también los dos doctores... Yo quise arrodillarme para pedir perdón... Caí en los brazos de mi padre... Pedro me abrazó á su vez... A Rosita la dije: «¿Me perdonas? ¿Me amas?»... La niña contestó con un rubor de absoluta afirmación.

Un faetón esperaba en la avenida principal

de los jardines... Mi padre quería despedirse del Director y manifestarle su agradecimiento. Balbució algunas palabras, pues la emoción no le permitía concertarlas.

.
Había llegado para mí el momento difícil... Aun no había expuesto mi querrela al doctor Libe: carecía, pues, de abogado que defendiera mi remanencia en el Manicomio; por otro lado, la presencia de seres tan queridos y el deseo de estar con ellos indefinidamente, comprometía muy de cerca los propósitos que poco antes concibiera de continuar por unos días más en el asilo, á fin de asegurar mi curación en contacto con el doctor Libe y de completar mis MEMORIAS... Sentíame en el *conflicto entre dos deberes*, ó quizás entre *dos deseos*... Parecióme más racional el de quedarme, y, cuando hube enjugado la última lágrima que corría por mis mejillas, haciendo un esfuerzo verdaderamente heroico, rompí á hablar en estos términos:

— Don Salvador: ha llegado el caso de hacer una declaración... Aun cuando me siento recobrado de mi enfermedad y estoy alegre, satisfecho y reconocido á los cuidados de todos, carezco de fortaleza de espíritu suficiente para volver al mundo... Por más que hago y me esfuerzo por levantar mi valor moral, no consigo apartar de mi mente el temor de recaer en

mi triste enfermedad. Recelo que, apartado de usted, querido doctor, reaparecerán las alucinaciones, vendrán otra vez los penosos ensueños y, en fin, temo que no tardará en volverse á perturbar mi razón... Temo abusar de sus bondades solicitando me permita pasar unos días más en su compañía y temo aún mas:... temo que papá y Rosita se enojen, achacando á falta de cariño esta aspiración mía... Medítenlo ustedes, piénsenlo, y si lo que pido no les parece pertinente; si en realidad ya no hay temor de recaída, y si mis padres y mi pobre Rosita se han de enfadar por lo que pido, cuenten que nada he dicho ni he solicitado nada.

Mis palabras han causado diversas, pero profundas, sensaciones: de disgusto y como de desencanto á mi padre; de estupor, vecino del despecho, á Rosita, y de extraordinaria alegría á los médicos. El doctor Libe, á quien particularmente iba dirigido mi discurso, ha tomado la palabra:

— Eulogio: los sentimientos que usted acaba de expresar no pueden ser bien comprendidos de todos... Yo, y de seguro que conmigo el doctor Zuriago, los entendemos y los apreciamos en su justo valor, declarando desde ahora que expresan de manera indudable una curación sólida y, por lo mismo, exenta del peligro de recaída. Cuanto usted acaba de expresar, denota que se

halla en plena posesión del conocimiento de la enfermedad que tanto le ha afligido. Esta noción clara, origina naturalmente el horror á la reincidencia; de donde el deseo, muy racional, de precaverse contra todo lo que pudiera determinar una recaída; y en efecto, no hay mejor preservativo de la locura que vivir allá donde ella se ha curado, así como no hay mayor peligro de volverla á contraer que el exponerse tempranamente al influjo de las impresiones en que se engendró. Los que se impacientan por salir del Manicomio; los que cuentan los días y las horas que han de estar en el asilo, en donde reportan el beneficio de recobrar la razón, me inspiran siempre mucho cuidado. ¿Por qué? Porque esta impaciencia suele ser muestra de que no es bastante clara la noción de su propia enfermedad. Así que, estimo razonable y de buena ley la demanda de convalecencia que hace Eulogio; y, al paso que por mi parte tendré mucha satisfacción en convivir con usted unos días más, aconsejo á ustedes que no tomen á mal el deseo que se acaba de expresar y que accedan á él sin el menor escrúpulo.

— ¿No podríamos poner una condición? — dijo don Agapito.

— ¿Cual? — pregunté yo.

— La de ser diariamente visitado.

— ¿Por quién? — repuse yo — ¿por el director?

— Claro... Y ¿por quién más?—añadió don Agapito.

— Por mi padre...

— Y ¿por quién más?—repuso con dulce tonillo epigramático el doctor Libe.

— Don Salvador, usted lee en el corazón.

— Rosita... ¿Lo entiende usted, Rosita?

— No sé si mi padre lo consiente... ¡Como hemos de volvernos á la alquería!

— A la alquería no, Rosita. Tú ya no vuelves á la alquería,—dice mi padre.—Ya has empezado á ser nuestra... Y usted, Pedro, tampoco tiene que hacer allá... Si va, será para pocos días... Es preciso disponer las cosas... Es necesario que nos preparemos para ser abuelos.

· · · · ·
Alegría, despido, abrazos y apretones de manos.

Hasta mañana,—dijimos remanentes y salientes.

Entre las cortesías del despido, encontré una ocasión de estar á solas con don Agapito, y le dije:

— Estoy escribiendo las MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, ó sea los MISTERIOS DE LA LOCURA... He descrito mi propia locura: es LA LOCURA POR DENTRO... Mi deseo es completar mis MEMORIAS con las impresiones que en estos días reciba en el Manicomio... Será la segunda parte de

mi trabajo: LA LOCURA DESDE FUERA... ¿Querrá usted revisar mis apuntes?

— Su obra será interesante y tendré el mayor gusto en leerla. ¿Piensa usted publicarla?

— ¡Quiá! No dispongo de dinero... Demasiado he abusado del peculio de mi padre.

— Quizás un editor...

— Salvada la parte económica, me encomendaría al consejo de ustedes.

— De todos modos,... cuando la publique solicito un ejemplar.





